

EL LIBRE ALBEDRÍO Y LA VOLUNTAD DIVINA

(1979)

Swami Paratparananda¹

Es corriente el concepto de que el hombre tiene libre albedrío o voluntad libre, que posee la facultad de obrar por reflexión y elección. Si bien no podemos negar ese concepto tampoco podemos aceptarlo en su totalidad como verdad. ¿Por qué no podemos aseverar de un modo u otro? ¿Por qué vacilamos entre aceptarlo o rechazarlo? Primero vamos a estudiar la definición de libre albedrío. Significa la facultad de obrar por reflexión y elección, independiente de otros factores, como por ejemplo la inclinación natural. Los filósofos hindúes llaman a esa "facultad de discernir y decidir", en sánscrito, buddhi. Según ellos ésta es una de las partes, por decirlo así, del antahkarana, sentido interno del hombre, cuyas otras partes son: manas (mente) chitta (substancia mental) y ahankara (ego). Quizá sea necesario aquí explicar las funciones o poderes de estas partes del instrumento interno para comprenderlo mejor. El manas es el que recibe todas las impresiones de los objetos que los sentidos le presentan, pero no decide si debe perseguir, aceptar o rechazar tales objetos. En ese momento interviene el buddhi (el intelecto), la facultad de discernir, y decide lo que va a hacer. El chitta es el depósito de las tendencias innatas y de las impresiones que el hombre va recibiendo a través de esta vida. Cualquier experiencia o impresión que el intelecto recibe, al reflexionar, compara con las que ya están almacenadas en el chitta y ve cuál fue el resultado de esa experiencia en el pasado, antes de decidir. El ahankara (ego) es el que piensa que es el hacedor. Este es el significado literal de la palabra ahankara: "el que dice: 'soy el hacedor'". Todos estos son sólo instrumentos, pues no tienen poder alguno si la conciencia del hombre no está unida a ellos.

La primera objeción que se puede formular contra esa teoría del libre albedrío, es: ¿cómo puede un instrumento ser libre? Si esto fuera cierto entonces la pluma del escritor, el pincel del pintor, el formón del carpintero, el cincel del escultor, la maza del herrero y otras herramientas semejantes habrían trabajado por sí solas. A ese se puede contestar: no es al instrumento mismo al que nos referimos aquí, sino a la facultad activada por la conciencia. Entonces replicamos: en ese caso no es que el albedrío o voluntad sean libres sino la persona que los posee. En ese concepto también hay una traba, pues para la mayoría de la humanidad

¹ Swami Paratparananda, fue el líder espiritual del Ramakrishna Ashrama, Buenos Aires, Argentina y del Ramakrishna Vedanta Ashrama, Sao Paulo, Brasil (1973-1988).

su personalidad significa a lo suma la identificación con el ego, el “yo”. Surge entonces la pregunta: ¿Es el ego libre? El “ego” según el monista es una falsa identificación del Ser o Atman con la mente, cuerpo o sentidos según las circunstancias o momentos, debido a la ignorancia de la realidad. ¿Cómo puede ser libre lo que está bajo el encanto de la ignorancia? Sin embargo, esto es justo lo que ocurre: cuando estamos viendo magia vemos solamente cosas que el mago quiere que veamos aunque no existan, y pensamos que son reales. En ese momento no nos damos cuenta que son irreales o ilusorias. Asimismo, los que están a favor de esa idea del libre albedrío no van a discutir o razonar de este modo; les gusta la idea y la aceptan. Pero, una cosa es aceptar una teoría y otra totalmente distinta ponerla en práctica en la vida diaria. Un hombre que realmente posee ese libre albedrío no tendría que desanimarse por las circunstancias adversas. Tendría que cumplir con todas sus resoluciones y no debería preocuparse ni perturbarse por los resultados. Más aún, debería mantenerse calmo hasta cuando el resultado fuera desfavorable. ¿Acaso, el hombre que acepta esa teoría del libre albedrío, puede enfrentar todas las circunstancias con calma, puede llevar a cabo todas sus resoluciones? Esto es muy importante; esto es lo que realmente vale: pues la meta final del hombre es llegar a tener la tranquilidad, la paz duradera. Todos sus esfuerzos y luchas son por alcanzar ese estado de ecuanimidad, de bienaventuranza. El concepto del libre albedrío también se originó de allí, tener la libertad de actuar y gozar. Pregúntense si dudan de esto: ¿por qué quiero la libertad? Porque sólo en ella está la paz y la felicidad. En la ligadura, en la limitación, en la sujeción, existen muchas obligaciones que nos compele a actuar y a comportarnos contra nuestro deseo y voluntad, a pesar de nosotros mismos. Además, estamos inhibidos por las circunstancias e inducidos a actuar por nuestras tendencias innatas.

Cuando la situación es así, es decir, teniendo tantos impedimentos y limitaciones ¿cómo puede uno pensar que es libre? Realmente no podemos. Para verificar esto no necesitamos indagar mucho; tratemos de deshacernos de un hábito malo e cultivar uno bueno, entonces veremos si realmente tenemos el libre albedrío.

Hacemos buenas resoluciones por la mañana, pero ya por la tarde todas ellas, en la mayoría de nuestros casos, son barridas por la corriente de los hábitos, y no queda ninguna; y esto sucede día tras día, mes tras mes, año tras año. Pasan los años y las buenas resoluciones quedan sin cumplirse, sin poderlas llevar a cabo. ¿Es esa una indicación del libre albedrío? Vemos así que el albedrío no es tan libre como creemos.

En la definición del libre albedrío que ya citamos encontramos dos palabras: reflexión y elección. Reflexión significa según el diccionario examen detenido de una cosa que hace el alma. Si el hombre fuera guiado

por la reflexión cómo podría actuar mal, cómo podría, conscientemente, invitar a la desgracia y a los sufrimientos, productos de sus obras. Por eso tenemos que admitir que las tendencias heredadas de las vidas pasadas tienen mucho que ver con el comportamiento de cada individuo. No obstante, existe esa idea en el hombre y Dios la ha permitido para que actúe como un incentivo a la acción. Si todo hubiera sido automático, si no existiera este impulso no habría ninguna evolución del hombre, quizá el ser humano hubiera sido aún hoy tan primitivo en sus hábitos, costumbres y moralidad como era en la época paleolítica, viviendo en las cavernas y movido solamente por las pasiones e instintos como los animales. El hombre es hombre porque puede luchar contra la naturaleza externa e interna. Tiene esa libertad. Sri Ramakrishna hablando del libre albedrío cierta vez dijo: “Es solo Dios quien ha plantado en la mente del hombre lo que el ‘inglés’ llama libre albedrío. La gente que no hubiera alcanzado a Dios se habría metido en actos más y más dañinos si Él no hubiera sembrado esa noción del libre albedrío en ellos. El pecado hubiera aumentado si Dios no hubiera hecho sentir al malvado que él solamente es responsable de sus actos pecaminosos. Los que han alcanzado a Dios están conscientes de que el libre albedrío es una mera apariencia y que en realidad el hombre es la máquina y Dios el Maquinista, el hombre es el carruaje y Dios el conductor.”

También podemos ver que las leyes no tendrían sentido si cada uno no fuera hecho responsable de sus acciones y todo sería, en ese caso, un caos, un pandemonio. Como ejemplo de esta actitud de irresponsabilidad podemos ver lo que ocurre con la gente que interpreta mal la teoría de karma. Si uno les pregunta qué significa esa teoría no pueden dar una respuesta convincente, sólo van a decir que es el resultado de las acciones de vidas anteriores. No se detienen a pensar quiénes fueron los que hicieron esas acciones en el pasado cuyo resultado están ahora disfrutando o sufriendo. Cada uno cosecha lo que sembró o siembra, es decir, el fruto de sus propias acciones y no las del otro. En la tierra puede administrarse equivocadamente la justicia, pues el juez tiene que depender de las pruebas y testimonios ante él. Pero Dios, estando presente en el corazón de todos y siendo Él mismo el Testigo de todas nuestras acciones, incluso la más oculta que el hombre pueda hacer, jamás Se equivoca. Sólo los débiles, ociosos e ignorantes no quieren perseguir esta línea de razonamiento, pues, entonces se encontrarán con la siguiente cuestión: si las acciones de las vidas anteriores han producido estos frutos, ¿por qué no esforzarme por cambiar el modo de mi vida actual y moldearla mejor para el futuro? El hombre tiene cierta libertad, es por eso que no podemos negar totalmente el concepto del libre albedrío.

Pero debemos repetir que el hombre no tiene una libertad total.

Vamos a narrar aquí una historia que se encuentra en el Kena Upanishad: Cierta vez Brahman consiguió que los devas, seres celestiales, vencieran a los demonios. Los devas se enorgullecieron y creyeron que fue por sus propios esfuerzos que habían logrado esa victoria. Brahman, dándose cuenta de ello, apareció ante los devas en la forma de un Espíritu. Curiosos por conocer quién era ese Espíritu, los devas enviaron a Agni, la deidad del fuego. Cuando éste se le acercó, el Espíritu le preguntó: “¿Quién eres?” “Soy la deidad del fuego,” contestó el deva. “¿Qué poder tienes?” inquirió el Espíritu. “Ah, puedo quemar todo cuanto existe en la tierra,” replicó Agni. El Espíritu entonces colocó delante de Agni una simple paja y le pidió que la quemara. La deidad del fuego trató de hacerlo con toda su fuerza, pero no pudo. Humillada así volvió a los devas. Luego mandaron a Vayu, la deidad del viento con el mismo resultado. Por más que se esforzó por llevar la paja soplando no pudo ni moverla. De esta manera, uno por uno, los devas se presentaron ante el Espíritu, fracasaron en comprobar sus respectivas fuerzas y volvieron humillados. Al final, cuando Indra, el rey de los devas, se adelantó, el Espíritu desapareció y en su lugar apareció una mujer bellamente adornada. Era Uma, la Fuerza Cósmica. Indra se le acercó y le preguntó: “¿Quién es ese magno Espíritu?” Contestó Ella: “Es Brahman. Fue por Su fuerza que vosotros tuvieron la gloria.” Aquí vemos que toda la fuerza hasta la de los seres celestiales depende de la de Dios, y que los varios devas o dioses son sólo Sus instrumentos. Leemos en los Upanishads: “Por Su fuerza el fuego quema, el viento sopla, el agua moja y la muerte cumple su función.”

Cierta vez Swami Saradananda, un discípulo directo de Sri Ramakrishna, relató este incidente de su propia vida hablando sobre el problema del libre albedrío. En su juventud era un estudiante de medicina, y como otros jóvenes de aquellos días, a fines del siglo diecinueve, era escéptico, no creía en la existencia del Ser o Dios. Cierta día ese joven fue a visitar a Sri Ramakrishna y le habló del libre albedrío, diciendo: “Señor, ¿dónde interviene la voluntad de Dios? Yo puedo hacer todo lo que quiero. Estoy haciendo ensayos, y cualquier cosa que quiero hacer, la consigo.” Sri Ramakrishna le aconsejó que siguiera esa misma línea de pensamiento durante un tiempo y observara lo que ocurría. Más o menos un mes después el joven volvió a visitar al Maestro y le dijo: “Señor, he descubierto algo; había estado observándome estos días y veo que ahora no puedo hacer nada por mi propia voluntad, ni siquiera la cosa más insignificante; antes podía hacer grandes obras. No comprendo, estoy confuso.” Sri Ramakrishna le dijo que escuchara con atención la canción que iba a cantar, la aprendiera de memoria y meditara sobre su significado todos los días. Luego cantó:

Tú eres mi Todo en Todo, oh Señor – la Vida de mi vida, mi ser más recóndito;

No tengo a nadie en los tres mundos sino a Ti, a quien llamar mío.

Tú eres mi paz, mi alegría, mi esperanza; Tú mi sostén, mi riqueza, mi gloria;

Tú eres mi sabiduría y mi fuerza.

Tú mi hogar, mi lugar de descanso; mi amigo más íntimo, mi pariente más cercano;

Mi presente y mi futuro eres Tú; mi cielo y mi salvación.

Tú eres mi escritura, mis mandamientos; Tú mi siempre bondadoso Gurú;

Tú eres la Fuente de mi dicha sin límite.

¡Tú eres el Camino; Tú, la Meta, Tú, oh Adorable Señor!

Tú eres la Madre de tierno corazón, Tú, el Padre que castiga,

Tú el Creador y el Protector; Tú, el Timonel que guía

Mi barca a través del mar de la vida.

Swami Saradananda siguió las instrucciones de su Maestro y como consecuencia pudo resolver todas sus dudas. Vemos en ese relato que el ser humano tiene cierta libertad de actuar, pero que no es total. El hombre tiene que depender de la voluntad divina para lograr éxito en la vida, especialmente en la espiritual.

Ahora bien, ¿de dónde ha surgido esta idea de libertad que no ocupa, es decir, el libre albedrío? Sabemos que hay algunas nociones fundamentales en el hombre; por ejemplo, la vida eterna, dicha absoluta y libertad total. El monista dice que estas son la naturaleza del Atman, la esencia del hombre. Por lo tanto, no es posible para él olvidar su naturaleza, por más que esté sometido a la ignorancia, por más que esté impedido por los upadhis, las limitaciones, como cuerpo, sentidos y mente. Así como el hombre que ha tenido una pesadilla continúa en un estado de susto por un tiempo más aun después de despertarse, asimismo la naturaleza interna del hombre, aunque cubierta de pesadas incrustaciones, persiste en afirmarse de alguna manera. Y la idea del libre albedrío es una de ellas.

La cuestión que ahora se nos presenta es: ¿Por qué no llamar libre lo que ya es? No confundamos una cosa con otra. Es cierto que el Ser es libre; pero no en el estado en que ese Ser se identifica con el cuerpo. El Ser no tiene ninguna acción que emprender, nada para alcanzar; ¿qué queda para alcanzar al que ya es eterno, inmaculado, iluminado y libre por naturaleza? Nada. Y toda acción se hace con un propósito, ya sea satisfacer una necesidad, o cumplir un deseo. Por supuesto, un ser que ha alcanzado a Dios, que Lo ha visto cara a cara es una excepción a esa regla, como es el caso de las Encarnaciones Divinas. Estos seres vienen a la tierra para redimir a la humanidad, para mostrarle el camino; no tienen

ningún motivo personal. Sri Krishna declara en el Bhagavad Guita: "Oh Aryuna, no tengo en los tres mundos ningún deber que cumplir, ni queda nada para alcanzar que no haya alcanzado; no obstante Me ocupo en la acción." Todos los otros, salvo estos seres excepcionales, son movidos por algún motivo personal, sea elevado o bajo. Los motivos elevados tales como alcanzar a Dios, lograr el bhakti (devoción) son buenos y no atan al hombre a este mundo, no le hacen seguir en la ronda de nacimientos y muertes. Más bien lo ayudan a ser más y más libre, a medida que se van fortaleciendo. Los motivos bajos, que son mayormente egotistas, y que consisten en la satisfacción de los deseos de goce mundano, no nos liberan, por el contrario, agregan un eslabón más a la cadena de nuestras ligaduras. Vemos así que el mismo hecho de estar ocupado en la acción, repetimos, salvo en los casos excepcionales ya mencionados, implica imperfección. ¿Cómo puede haber perfección en un estado imperfecto? Todos venimos aquí a la tierra porque somos imperfectos, porque tenemos varios deseos insatisfechos. En tal estado no existe un albedrío totalmente libre. Un hombre puede satisfacer sus deseos y como consecuencia de los trastornos y sufrimientos que padece, es posible que se dé cuenta de la vacuidad de todo goce mundanal y luche por escapar de las garras mortíferas del deseo, y alcanzar la perfección. Pero no debemos confundir la poca libertad de voluntad que gozamos con la perfección, o plena libertad. Mayormente esto es lo que sucede: consideramos que como Ser somos libres y al mismo tiempo lo confundimos con el cuerpo, sentidos o mente, queriendo ver perfección en lo imperfecto; mejor dicho, viendo lo imperfecto como perfecto.

Por la gracia divina esta confusión no dura por siempre, las dificultades y la miseria que sufrimos nos enseñan algo cada día y gradualmente llegamos a conocer que lo que habíamos considerado como nuestro Ser no lo era y que llamarlo libre fue un error. Pero ese firme conocimiento viene cuando uno alcanza a Dios; hasta entonces, aunque de vez en cuando se tenga una vislumbre de ello, se pierde de inmediato, y uno vuelve a cometer el error anterior. Por eso, debemos tener esa firme convicción de que el albedrío no es totalmente libre aunque tenga una apariencia de libertad. Sri Ramakrishna explica esto con un ejemplo muy simple: Una vaca está atada a un poste en una gran pradera con una soga larga. La pradera es infinite llena de pasto verde. La vaca puede moverse libremente dentro del área representada por el círculo con la extensión de la soga como radio, y ni un poco más. Si se le place al dueño puede agrandar la soga y permitir a la vaca pastar sobre un espacio más grande. La vaca puede pensar que es libre, pero se dará cuenta de que no lo es, cuando quiera ir más lejos que lo que la soga atada a su cuello le permita, pues sentirá el tirón. La voluntad del hombre también es exactamente igual, le ha sido otorgada cierta libertad, pero no más.

La impotencia humana ante sus debilidades es obvia en la pregunta que un héroe como Aryuna hace: “Entonces, ¿movido por cuál fuerza comete un hombre malas acciones, aunque no quiera, como si fuera compelido?” Sri Krishna replica: “Este deseo, esta ira, originado de rayas es voraz y malvado; conócelo como tu enemigo aquí.” Sri Krishna no distingue el deseo y la ira como sentimientos separados, pues la segunda es el efecto del deseo obstruido, por esta razón usa el verbo en singular. ¿Dónde está el libre albedrío cuando se mueve constantemente con tanta facilidad al ser atacado por los deseos y pasiones? Nos damos cuenta de nuestras limitaciones sólo cuando las tormentas de los fracasos agitan nuestra barca en este mar de la vida. Un joven, sano, rico y poderoso no lo siente, piensa que es supremo. Incluso la gente avanzada en edad que no haya padecido ninguna gran calamidad falla en entenderlo. Pero llega el momento en la vida de cada uno en que tiene que encarar la vida como es y no como un sueño placentero. Sólo existe una voluntad que es libre y esa es la del Altísimo. El que se somete a la voluntad de Dios atraviesa sin mucho daño las tormentas y las dificultades.

Se cuenta una historia en la India: Había un yogui, quien cierta vez estaba parado en la playa, cuando se levantó un ventarrón. Vio un barco que iba llevado por los fuertes vientos. El yogui había adquirido algunos poderes sobrenaturales, podía controlar hasta los elementos de la naturaleza. Movido por la compasión hacia los pasajeros en ese barco, exclamó: “Que se calme la tormenta” y sus palabras se cumplieron. Pero como el viento se calmó de repente el barco zozobro causando la muerte de todos los de a bordo. Sin duda el yogui tenía buena intención, pero su visión era limitada, no podía ver más allá de las apariencias. Así son los juicios del hombre, propensos a equivocación. Por lo tanto, es necesario que tratemos de conformarnos con la voluntad de Dios. Sri Ramakrishna enseñó una parábola acerca de la voluntad de Rama, la cual ilustra esta idea de sumisión a la voluntad divina. Había un tejedor, un gran devoto, que cumplía con todo el deber que le correspondía y al mismo tiempo recordaba a Dios. Hasta en sus negocios veía la voluntad de Rama, su ideal elegido. Era honesto y por consiguiente la gente tenía confianza en él. A los que iban a comprar el género les decía: “Por la voluntad de Rama el valor del hilo es tanto; por la voluntad de Rama el costo de la labor es tanto y por la voluntad de Rama tanto es la ganancia.” La gente de la aldea lo quería. Cierta noche, cuando no pudiendo dormir estaba sentado en el oratorio de su casa pensando en el Señor, algunos ladrones, que necesitaban un hombre para cargar lo que iban a robar, lo llevaron por la fuerza. Luego cometieron un robo en una casa y cargaron sobre la cabeza del tejedor lo robado. En ese momento llegó la policía, los ladrones se dieron a la fuga, pero el tejedor con lo robado fue capturado y llevado a la cárcel. El día siguiente fue llevado ante el juez para ser juzgado. Los

aldeanos se enteraron de lo que había sucedido y acudieron al tribunal. Dijeron el juez: "Su Señoría, este hombre jamás pudo cometer un robo." El juez pidió al tejedor que hiciera su declaración. El hombre dijo: "Su Señoría, por la voluntad de Rama, acababa de tomar mi comida de la noche. Luego por la voluntad de Rama estaba sentado en el oratorio. Era avanzada la noche, por la voluntad de Rama. Por la voluntad de Rama, estaba pensando en Dios y cantando Su nombre y Sus glorias, cuando, por la voluntad de Rama, acertó pasar por allí una banda de ladrones. Por la voluntad de Rama, me llevaron por la fuerza con ellos; por la voluntad de Rama cometieron robo en una casa; y por la voluntad de Rama, llegó la policía y por la voluntad de Rama, fui arrestado. Luego, por la voluntad de Rama, la policía me encerró durante la noche y esta mañana, por la voluntad de Rama, he sido traído ante Su Señoría." El juez se dio cuenta que el tejedor era un hombre piadoso y ordenó su libertad. En su camino de regreso a casa el tejedor dijo a sus amigos: "Por la voluntad de Rama, he sido dejado en libertad."

Pero esa clase de sumisión a la voluntad divina no se obtiene de pronto, sino por larga práctica de las disciplinas espirituales, y llevando una vida de pureza y de abnegación. También tiene que haber conformidad entre lo que se dice, hace y piensa. A esa persona se le llama una gran alma. Si podemos seguir este principio, gradualmente podremos deshacernos de nuestro ego y someternos a la voluntad de Dios.

¿Cuál es la utilidad de esta sumisión? ¿No se parece a la esclavitud? Hablamos menospreciando a la gente que se somete a la voluntad divina o nos sentimos rebajados al mero pensar que tenemos que aprender a someternos a ella, pero no nos sentimos humillados cuando tenemos que adaptarnos a la voluntad de personas de quienes esperamos beneficio material. ¿Y en este caso qué ganamos? Intranquilidad y sed, deseo de tener más y más bienes, mientras que la sumisión a Dios quita la agitación y trae la paz. Nada perturba a una persona que se ha sometido a la voluntad de Dios, como vimos en el caso del tejedor de la parábola. Se puede argüir que esa no es una historia y que no hay certeza que tal acontecimiento haya sucedido alguna vez. Sin embargo, ha habido gente por todo el mundo cuya vida está bien reflejada en esa parábola; pero ellos no han hecho despliegue de su santidad o de sus nobles cualidades. Esas personas se entregan por completo a la voluntad divina, no porque ésta sea inevitable sino porque sienten alegría en hacerlo, sabiendo que la bienaventuranza depende de esa entrega. Sri Ramakrishna solía decir: "Así como una persona que confía su negocio a un buen hombre puede estar tranquilo, del mismo modo el que se entrega totalmente a Dios puede estar seguro de que no le va a pasar ningún mal, que el Señor le va a cuidar bien."

Mientras creamos que somos entidades separadas con distintas voluntades, estaremos pensando cada uno en nuestro propio interés: los deberes, deseos y ambiciones. Y mientras existan estos variados intereses habrá conflicto y querella. Y las voluntades que llevan ambiciones no pueden ser libres, ya que una va a limitar a la otra. Y a menos que todos los pensamientos fluyan en una sola dirección, hacia Dios, no puede haber unión de la voluntad con la de dios. Y sin conseguir que esa unión sea establecida no habrá término a la inseguridad y a las pasiones.

Tratemos de cultivar confianza en Dios, sin aflojar nuestros esfuerzos por llegar a Él; pues todos los grandes maestros espirituales han afirmado que la gracia de Dios es imprescindible para el progreso espiritual del hombre.

Que el Señor nos otorgue confianza en Él para que podamos alcanzarlo y terminar con este círculo de nacimientos y muertes.
